

Los cinco sentidos de un maestro a la colombiana

Gloria Elena González
José Israel González B.*

El 13 de octubre de 1989, *Brecha*, un periódico de Montevideo, publicó el escrito de Corina Gobbi, intitulado: “Los cinco sentidos de una maestra”. Buceando en el océano de la literatura educativa, el escrito llegó a nuestras manos y con base en éste se elaboró una ponencia a dos manos para el seminario “Evaluación Nacional de Docentes”, organizado por la Cooperativa Editorial Magisterio en 1999. Dada la importancia del texto para maestros y maestras, colocamos en el corazón de nuestros colegas una nueva versión del escrito, como un gesto de reconocimiento, respeto y admiración por el trabajo que día a día realizan, para hacer de Colombia una patria al alcance de quienes la amamos.

La vista: Tengo ante mí, 40 niños y niñas. La mayoría de ellos están nerviosos, inquietos. Se mueven sin cesar. Sus miradas no corresponden a su físico, porque delatan dialécticamente la pobreza material y la riqueza mental; sus gestos denuncian el humor, las ganas de salir adelante, el amor hacia sus maestros, como también el malestar de no poder gozar de mejores condiciones de vida. Sólo unos pocos tienen esa expresión serena de la gente que está satisfecha consigo misma. Las manos en ocasiones dejan entrever la mugre que se pega en la piel como producto del trabajo y del juego; la ropa no disimula el desgaste ocasionado por el uso y el abuso de unos niños y jóvenes briosos, indomables y a veces

* Trabajadores sociales del Centro Educativo Nuevo Horizonte.

agresivos. Si miramos por debajo de los bancos y en el estrecho patio, aparece una colección de papeles corrugados, vestigios de cuadernos, lápices deformados y hasta segmentos de trapo. Los pupitres declaran su deterioro porque están desajustados, rayados, sucios y con una señal que potencia: la escritura clandestina manifestando el amor y el currículo oculto de la copialina. Las paredes explicitan el acervo euclíniano de la geometría, pues se impone en las paredes la figura rectangular de los ladrillos arbolados, junto al frío y a la ausencia de murales que alteren esa linealidad. Más allá, el pequeño patio de cemento, insuficiente para tantos niños y niñas que ven frustrado el derecho a la recreación abierta y al disfrute del espacio público. Ante estas disimilitudes, no falta la sonrisa de la maestra que incita a los pequeños y jóvenes a respetar el medio ambiente y a embellecer la segunda casa de la comunidad.

Pero, además, 40 niños y niñas transgreden todas las leyes de La Gestalt y de la Teoría Conductista, no hay estímulo natural que valga. No hay configuraciones posibles para un guarismo tan grande de cuerpos movedizos, frágiles y fieros. Mis pobres ojos son sólo dos, fijos y frontales. La naturaleza tendría que modificarnos sabiamente, en una mezcla de caracol y gallina, por ejemplo, para poder captar parte los acontecimientos. Por ahora, siguen siendo apropiados para enfocar abarcativamente sólo a 25 o menos, como ocurre en Cuba y en Estados Unidos. ¡Ah! casi se nos olvida, esos ojos gustan más de las pantallas y de los ciberespacios que de nuestra presencia; de eso no cabe la menor duda. Reunidos los 300 000 maestros y maestras de Colombia, no podríamos en un minuto fijar la atención que produce una pantalla, puesto que son millones y millones los estímulos que ella produce. Ahí tenemos una desventaja de centurias. No obstante, los maestros y maestras tenemos mirada de lince.

El oído: El ruido que soportamos supera ampliamente los 90 decibeles que un ser humano puede tolerar, el salón de clase es como un lugar donde hay más de media docena de locutores con sendos radios encendidos con prédicas distintas. Pero no es sólo esto. Hay 40 y más voces que llaman: “Profe, no tengo lápiz”: “Profe, esta niña me molesta”, “Profe, ¿me deja ir al baño?”, “Profe, ¿ya vamos a salir al recreo?”. Pues no todo el tiempo la clase es



activa y ordenada, ni se sumerge en una pasión creativa y unificadora. La entropía anuncia la existencia del Caos y la Complejidad, teorías emergentes en el siglo XX y augurales en el siglo XXI. Además, hay ruido en el patio, en la calle, siempre aparece “algún acontecimiento” distractor. Un niño se lastimó, otro se escapó de la clase, a fulanito le robaron el mendrugo de pan, aquélla perdió la moña, a perencejo le dio la pálida porque su estómago está vacío, a la niña del rincón se le bajaron las defensas por la infección renal; a un buen número de educandos les motivan otras cosas menos los contenidos de clase. Pero, sobre todo, estos niños exigen atención, requieren afecto, que se les hable al oído, que su maestro o su maestra les diga palabras que dan vida, buscan hallar en la voz del maestro algo que no han encontrado aún en su experiencia del mundo ni en la de su familia, persiguen por todos los medios el amor. Y yo estoy ahí, horas a su disposición y a veces me toman por asalto para que los escuche con cualquier pretexto. Es cuando uno dice que para ser maestro se necesita, además, tener oídos atentos, porque aquí se invierte la ecuación: mil palabras valen más que una imagen, entre otras cosas porque las imágenes que a diario ven no satisfacen sus deseos como sí las palabras amorosas de sus maestros y maestras.

El tacto: Y cuando digo por asalto, es en un sentido literal; 40 niños son 80 manos, 400 dedos y millares de sinapsis que se producen; te acarician, te alcanzan el cuaderno para corregir, te interrumpen el paso, te dejan las huellas del sudor y del dulce en el vestido y las de sus desgracias en el corazón y en el cerebro. Mi cuerpo no da para 80 manos y para más de 40 cuerpos que se recargan, momento a momento, sobre los hombros. ¿Y tantos estímulos, cómo llegan a mi rica corteza cerebral? Yo qué sé. Pero, eso no es todo. Yo también quisiera acariciarlos, tener un gesto, abrazarlos, ser tierno o tierna, sentirlos y ayudarles a ser mejores personas, excelentes ciudadanos, brillantes profesionales, diligentes padres y madres de familia en el mediano plazo.

Pero son muchos, insisto, son cerca de medio millar de dedos. Así, mi cuerpo recibe órdenes contradictorias. Eso es lo que explica por qué a los docentes nos duele tanto la espalda y el cuello. Puro estrés, la transducción se vuelve corto circuito. Encima el frío, el polvo, los problemas familiares, laborales, personales, am-



bientales y a veces cuando llueve, las goteras, la música desafinada que produce la caída de la lluvia sobre las tejas de zinc. El frío nos tensa, nos encierra, nos distancia, pero nos convoca a unirnos. Estamos a 2 689 m más cerca de las estrellas. ¡Ah!, ¿cómo lo sienten? Pese a las adversidades, mi tacto sigue esparciendo sin reparo el calor humano que demandan las prolongaciones de los maestros y maestras conocidos como educandos.

El olfato: Ésta es la parte más difícil de explicar. Hay que amar verdaderamente, amar lo que se hace, o no tener más remedio, para poder husmear lo que los maestros y maestras olemos. Es que la mugre y la miseria huelen, y huelen fétido, son los olores del capitalismo rampante. Son los olores más recónditos, inhóspitos, más íntimos, más regresivos, más estimulantes del rechazo. Aquellos que la civilización ha aprendido a sublimar. Cada parte del cuerpo, cada intercambio no controlado, huele. Y nosotros les decimos: “Tienes que bañarte, tienes que lavar la ropa, tienes que usar desodorante, hay que lavar las medias, los pantis, los dientes y los calzoncillos”. En una palabra, hay que quererse más y tratarse mejor, hay que luchar por la dignidad. Se necesita verdaderamente amor y coraje en este asunto.

En no pocas ocasiones está el olor a “picho”. No controlan los esfínteres, porque tienen frío, toman mucha agua para mitigar el hambre, porque el hambre da sed; piden mucho ir al baño; se angustian porque los niños más grandes los asustan, les quitan las onces, los amenazan: “a la salida nos vemos”; porque tal vez en su casa les generaron miedos y formas de sobrevivencia a través de la agresión al otro, incluso hasta de la eliminación física. Pero claro, ¿quién no se asusta cuando lo amenazan o cuando lo maltratan? Cualquiera, ¿no es cierto? No es un secreto para los maestros que, “la extorsión, el insulto, la amenaza, el coscorrón, la paliza, el azote, el cuarto oscuro, la ducha helada, el ayuno obligatorio, la comida obligatoria, la prohibición de salir, la prohibición de decir lo que se piensa, la prohibición de hacer lo que se piensa, la prohibición de hacer lo que se siente y la humillación pública, son algunos de los métodos de penitencia y tortura tradicionales de la vida familiar”. Les asiste la razón a un grupo de escritores latinoamericanos, quienes en el año 2000 expresaron: “En las puertas del próximo milenio el hombre está conquistando las estrellas, pero aquí en la tierra no



ha llegado al corazón de los niños”. Sin embargo, la enseñanza de los Derechos Humanos comienza en la familia.

El gusto: Después de todo esto, ¿qué sabor le puede quedar a un maestro o a una maestra en la boca? Cuando tomamos una aguadepanela hirviendo, cafecito, tinto, o aromática para reconfortarnos un poco, en un lugar estrecho, donde casi no hay condiciones locativas para intercambiar entre nosotros, o conversar o para chismosear pacíficamente y casi ni un saludo, apenas si lo disfrutamos. Junto con el líquido caliente nos tragamos la angustia. No está previsto. La masticamos como un cuero que no se puede tragar, como un borrador, junto con la frustración, la humillación, el desasosiego. Y cuando llegamos a casa ¿qué? Más angustias, más temores, más sospechas, más tensiones, más trabajos, más psicosis, porque en nuestro cuerpo están encarnados los 40 y más seres humanos y todo lo que implica la humanidad de unos pequeños educandos, que si bien es cierto que sus casas son humildes, como lo expresó un día el viejito de las Cenizas de Ángela, en una escuela de Irlanda, “sus mentes pueden ser como palacios”, que exigen mejores posibilidades de desarrollo emocional, intelectual, moral, ético, político y cultural.

Pero las glándulas salivales también se alteran al escuchar expresiones como ésta de un padre hacia el hijo:

Ama a tu maestro porque pertenece a esa gran familia de trescientos mil maestros de educación preescolar, primaria y media esparcidos por toda Colombia, los cuales son como los padres intelectuales de millones de muchachos que crecen contigo; trabajadores no reconocidos y mal pagados que preparan para nuestro país un pueblo mejor que el presente. Yo no estoy satisfecho del cariño que me tienes si no tienes también para todos los que te ayudan, y entre éstos, tu maestro es el primero, después de tus padres. Ámalo como amarías a un hermano mío, ámalo cuando te acaricia, cuando es justo y cuando te parece que es injusto, ámalo cuando es alegre y afable, y ámalo todavía más cuando lo ves triste. Ámalo siempre. Y pronuncia siempre con respeto este nombre: maestro, que después del padre es el más noble, el más dulce nombre que pueda dar un hombre a otro hombre.

Un maestro decía a los padres de familia: “Nosotros no somos apóstoles ni mártires, somos trabajadores y trabajadoras de la cul-



tura, de la pedagogía, somos los arquitectos del saber: los apóstoles eran tipos muy macanudos; pero a ellos no le llegaban los recibos de teléfono, energía, gas, acueducto y alcantarillado, sin subsidio y upaquizados, ni pagaban renta, ni colegio, ni universidad, ni les tocó padecer la privatización ni la globalización, ni la revolución de la información, ni sufrieron la catástrofe neoliberal”. Pensemos que a nuestro alrededor tenemos dulzura, algo que nos incita a golosinear, digamos amorosamente que se trata de 40 postres. ¿Cómo podemos saborear esas 40 inteligencias?; ¿será posible realizarlo en tan poco tiempo?; ¿si los consumo todos o la mayoría me indigestaré? Los maestros somos un cuerpo cuyos sentidos a diario se ponen en juego, abarcando otras dimensiones como el sentido del humor, de la responsabilidad, de pertenencia y el sentido pedagógico de nuestras prácticas. Los maestros no estudiamos para ser la “segunda mamá”, ni el “segundo papá” y, sin embargo, en ocasiones toca serlo. Hoy, los padres y madres de nuestros educandos trabajan, tienen muchos hijos, están sobrecargados de problemas, y los maestros y las maestras somos el apoyo invaluable en la formación de sus hijos e hijas.

En un panorama como éste, la importancia del magisterio no tiene discusión, el valor de su trabajo es inmenso, porque prácticamente los maestros y maestras somos los únicos que estamos dando al niño lo mejor que puede dársele. Los maestros en medio de la ingratitud y el olvido, como lo escribe Castro Saavedra, hacemos el más noble de los oficios: cultivar la inteligencia de los niños, niñas y jóvenes, estimular su pensamiento, animarlos a encontrar la rosa de la razón en la cruz del presente, como lo dice Hegel.

